

EL RÓMULO

DEL MARQUES VIRGILIO MALVEZZI.

HISTORIA.

NACIERON de Proca, rey de los albanos, Amulio y Numitor: este de mayor edad, aquel de mas violento ingenio. Dejó el viejo padre á la edad mas madura el reino; mas fué forzoso que la voluntad del progenitor y los años del hermano cediesen al mayor ardimiento del otro.

Aquel poder que ejercen los príncipes en el interes de los particulares para guardar la razon, ejercitan en ellos propios á deshacerla. Bajó entre nosotros la justicia por impedir la violencia: la flaqueza humana, despojándola de las armas de la eleccion, la dejó necesitada de la fuerza; mas ella tramonta con la estrella con que nació, cuando la espada que la defiende la da muerte. Los príncipes tal vez la guardan intacta de la mano de otros; por estruparla ellos, la miden con las armas; y aquel, entre ellos (donde se trata de la suma de las cosas), es mas justo, que es mas fuerte. Toda otra arte juzgan que solo conviene ó á quien no se atreve á hacer violencia, ó teme la violencia él propio. Juzgan fuera de razon que mande á otros quien las fuerzas de otro no puede resistir. Ni por esto serian mejores los súbditos de los príncipes; ántes igualmente injustos, si no fuesen mas violentados: aquellos que pueden recurrir á aquella espada que la justicia sostiene en la diestra, pocas veces se acercan á las balanzas que tiene el brazo izquierdo.

Ni ménos tiene lugar en las cosas del estado la prerogativa de la edad: no se atiende á aquellos años que destruyen la vida, mas aquellos en que se edifica el valor. Las armas que esgrime el tiempo por vencer el cuerpo, esgrime el entendimiento por vencer al tiempo. Huye su tiranía miéntras con el favor de la fama se coloca en el regazo de la eternidad; mas adonde él se rinde, no se ha de honrar aquel tiempo que solo él deshace.

No se contenta Amulio de haber ocupado el reino á Numitor. Sería poca crueldad haberle quitado el reino, si no le obligase á otra mayor el habersele quitado. Nace la una de la otra, y de la última mas fecunda. Recé-lase él de los sobrinos, da muerte al varon, ni le asegura el sexo de la hembra: si nacerán de ella hijos, piensa haberlos él enseñado la arte de quitar reinos.

Teme de cada uno el tirano; y es fatal que tema el propio ejemplo, porque del temer á todos, no se excluya en un cierto modo el temerse tambien á sí mismo.

Gree que se asegura, sin sangre, bastantemente del hado, poniéndola entre las vestales y consagrando la virginidad á los dioses.

Sirve á las mujeres con los tiranos la debilidad por inocencia. Tienen ellos mayor dificultad donde hallan menor resistencia. No pueden hallar en ellas aquel delito que hace alabar la crueldad, ó fingir en sí aquel temor que la disculpa: déjanlas vivas, creyendo de poderlas hacer morir á su propósito; mas muchas veces por la justicia inefable de Dios vienen condenados al castigo por falsarios de la prudencia.

Son las mujeres instrumentos de hacer perder reinos. Para ellas no es remedio casarlas con hombres quietos, pues ellas son feroces; y cuando de ellas no se deba temer, ¿qué se podia acertar en los hijos? Los partos siguen el vientre, y es fácil el convertirse donde son las calidades semejantes; y los pueblos no tienen vergüenza de mudar señor, si le eligen de la casa del señor.

Fué impío Amulio, no lo niego; mas no supo suficientemente valerse de la impiedad. Quitó el reino al hermano, á la sobrina la libertad, y dejó á los dos la vida. No sé si despreciaba la pusilanidad de Numitor, si se aseguraba de su paciencia, ó acaso si tuvo pensamiento de honestar la propia maldad con hacer manifiesto que no tenia corazon para regir un Estado quien tenia corazon para vivir sin estado.

Quitar el reino y dejar vivo al rey es una cruel piedad, con la cual, porque los tiranos querrian engañar el mundo, muchas veces se engañan á sí mismos. Puede fácilmente fabricarse aquel todo, del cual quedan partes. Fundar sobre basas abominables la estatua de la virtud, es querer fabricar colosos de oro sobre piés de lodo. Al reino conviene la piedad, porque es voluntario; al tirano la crueldad, porque es violento. Al uno está bien el agrado, al otro es necesario la fuerza, y ni esta le asegura. Tiene similitud con los aduladores y bufones: si se dan á comer, la glotonería los acaba; si lo dejan, la dieta. El tirano, si se ensangrienta sin consideracion las manos, muere porque fué cruel; si al contrario, por fingirse piadoso. El vicio no es seguro, y ménos el medio de las virtudes, porque contamina la virtud.

No estuvo mucho tiempo entre las vestales la doncella, cuando parió dos hijos, habiéndose mezclado con Marte. Así decia ella, para que pareciese en la eminencia del sugeto, no solo excusable, mas aun digno de alabanza el forzoso yerro. Alimentaron esta fama las acciones marciales de Rómulo: las ensalzó el pueblo de Roma, por su mayor gloria; condescendieron con ellos las naciones forasteras, por disminuir la afrenta.

No es vergüenza quedar inferior en fuerza á quien es superior de naturaleza; ántes sería gloria el perder, si no fuese temeridad el combatir, quedando siempre

acerca del mas flaco la victoria de mas atrevido. El hacer á Marte autor del sacrilegio, era querer asegurarse de la crueldad de un hombre con la cubierta de un dios. Naufragan en este escollo muchas veces los buenos príncipes, ó en la crueldad suya ó en aquella del pueblo, por ser piadosos ó por no parecer impíos. El tirano se rie de todo aquello que no es su interes: teme mas el poder de los hombres, que el de Dios; de otra manera no procurara acreditarse de la una con la crueldad que mayormente irrita la otra.

Dió la doncella á la severa justicia de los sacerdotes. Encarga á un ministro que abogue los dos hermanos nacidos de un vientre; mas este procura dejar lugar á la fortuna por salvarlos, guardándose á sí mismo por salvarse. Temia aquella venganza que muchas veces, no pudiendo tomarse de los señores, se suele tomar de los ministros.

Encomendar á otro la muerte de personas de sangre real es poco sano consejo. Déjalas vivas, ó por piedad ó por sagacidad: si es piadoso, no sabe ser cruel; si es sagaz, cree es poco durable lo presente, piensa siempre á lo porvenir, tiene un ojo al tirano y otro al sucesor, y busca modos, más de mantenerse á sí, que de asegurar al príncipe.

Por esto los depositó en los remansos del Tiber, en medio de espaciosa soledad, en la cual fuéron, del rio que sosegado de la creciente volvió á su madre, dejados sobre la seca arena.

El sustentarse sobre los tumultos del pueblo, el nadar sobre las aguas tienen tan parecida conformidad, que muchos príncipes en su niñez ó han sido expuestos á las borrascas de este elemento, ó han sido llamados á pasearlo en edad mas grave. Tienen las aguas semejanza con el pueblo: las cosas ligeras sustentan, las graves sumergen tumultuosas ó instables. Fáciles de frenarse sosegadas; difíciles cuando corren turbulentas. Crece su ímpetu donde hallan reparo; mas quien las entretiene, aunque trabajosas, las encamina á su provecho.

Lloran los niños, y á los sollozos acude una loba, ó mujer semejante á tal fiera ó en las costumbres ó en el nombre. Diólos leche; allí los halló Faustulo, pastor; y representándose en la majestad del hurto belleza real, y coligiendo del suceso grande favor de las estrellas, gorjeado del uno, acariciado del otro, se persuadió á salvarlos.

Tiene el príncipe un no sé qué mas que hombre en la majestad del semblante, en los ángeles que le defienden, en las estrellas que le influyen. Algunos le dieron nombre de héroe, la verdad lo llamó dios; y los gentiles no hubieran excedido de lo lícito, si equivocando la semejanza á la esencia, al nombre de dios no hubieran juntado la adoracion. El hombre, porque le ve mayor que el hombre, se maravilla si le ve igual; se escandaliza si le conoce inferior. No deben los príncipes dejarse medir. Bajarse á la comparacion sin seguridad de vencer, es seguridad de perderse; un no sé qué, mas que en los otros, se desea en quien tiene un no sé qué mas que los otros.

Regocijase el pastor; y llevando á su propia casa los niños, á Laurenta su mujer los encarga para que los erie. Un elemento los sostiene, una fiera los alimenta, un pastor los recoge, y consigo mismo se goza de haber

sido con el agua y con la fiera electo ministro de aquella aventura, que ya relampagueaban los prodigiosos acontecimientos.

El cielo no envía grandes señales que no miren á grandes personajes; porque él es una causa universal, y produciendo efectos, miéntras parece que en uno solo los produce, si es príncipe, obra universalmente, puesto que son participados del pueblo las conquistas y las pérdidas, la virtud y los vicios del príncipe.

Ni habian crecido en la edad en otro ejercicio que en el de las fuerzas y en penetrar los bosques. Bien mostraba la aurora clara de su adolescencia el sol resplandeciente de su juventud.

Es la caza una guerra, y tanto mas que las otras conveniente, cuanto es mas natural el dominio sobre las fieras, que sobre los hombres. No es decente á los príncipes la de animales tímidos: puede ser que se avantejen en el conocimiento de los sitios; mas por otra parte enseña solo á huir vilmente de los mayores, ó de seguir con poca gloria á quien no se defiende.

Se ejercitaban los muchachos contra los animales feroces, donde se acostumbra el cuerpo á sufrir incomodidades, el ánimo á no temer peligros; donde los despojos de la presa vencida son trofeos levantados al valor del que las mata.

Antes, en poco tiempo, del robar las fieras se volvieron contra aquellos que ferozmente robaban á los otros, donde con la escolta del valor, aventajados en reputacion, seguidos de buena cantidad de aldeanos, limpiando la campaña de ladrones, se hicieron cabezas de pastores circunvecinos.

No pueden los hombres vivir felices si no viven seguros. Por esto se fabrican ciudades, se aceptan los príncipes, se toleran las imposiciones. Los antiguos idolatras entre los dioses colocaban á aquel que los aseguraba su ocio.

Hacen aquellos honra de príncipe á quien ejercitaba la obligacion de príncipe.

El valor es una elocuencia muda que trae á sí todos los hombres, ó porque lo temen, ó porque lo gozan. El interes empieza en el sublime cóncavo lunar, y penetra hasta las bajas cabañas de los pastores humildes. El nació con el universo por mantenerle, y despues destruyó el universo. El es la ética del mundo, que se penetra aun en las partes sólidas. No solo el hombre quisiera dominar en el hombre; mas el elemento los elementos; y luego que el uno haya conseguido su intento, lo conseguirá el otro, porque acabe el mundo en aquel interes que empezó.

Sufrían con mal ánimo las acciones de los dos hermanos aquellos que vivian de robos; y ansiosos de venganza, en tanto que asistian á unos juegos que se celebraban en memoria del dios Pan, Rómulo y Remo con mayor confianza que conviene á quien se hizo lícito el ofender á otro, los asaltaron; y aprisionando á Remo, le llevaron á Amulio. Aunque él era perseguidor de ladrones, como usurpador de los términos reales le condujeron.

Impedir á otro la arte con que está acostumbrado á vivir, sería igual á quitarle la vida, si no fuese peor, miéntras deja lugar á la venganza que el perpetuo daño hace desear perpetuamente. La ofensa de la honra puede nada en los ánimos viles, puede mucho en los ge-

nerosos; empero las mas veces se evapora con el tiempo, como aquella que no tiene otro fundamento que la opinion. En la muerte de los parientes los remotos dejan la venganza que mas les toca; los mas cercanos, con la adquisicion de bienes se consuelan: aquí paran, y en tanto que atienden al gozo se olvidan de la venganza. Solo el sentirse ofender en la hacienda, es injuria que no admite olvido; porque la presente pobreza, intolerable á quien no la ha pasado, recuerda las pasadas riquezas; y el daño, que no es el menor para crecer las ofensas, es el mayor á incitar las venganzas.

Faustulo, pastor, concordando los tiempos, bien sabia su nacimiento, certificado tambien de las grandes y magnánimas acciones que los pastorales espíritus á lo largo arrebozaban; mas no tuvo pensamiento de descubrirle, mientras no fuese forzado de dura necesidad, ó persuadido de ocasion favorable.

No queria él obligarlos á cosas grandes ántes que tuviesen grande poderío. Cuando la obligacion excede el poder, ó se muere en desdicha ó se vive en inquietud. No queria él amargar la dulzura de sus victorias con el acibar de su origen; que donde el ser cabeza de pastores era suprema gloria á los hijos de Faustulo, venia á ser miseria llorosa á hijos de rey.

Disminuye el mérito á las acciones grandes aquel nacimiento que obliga á cosas mayores. No es glorioso aquel que nace príncipe, mas aquel que se hace príncipe. No es vil el que nace despreciado, ántes aquel que se queda despreciado. Llámase grande el grano de trigo que es mayor que otro; y pequeño el monte que es menor que otro. Decia un filósofo que Dios era géometra; quizá porque el mundo consiste en proporcion mas geométrica que aritmética. La alabanza ó el vituperio no se reciben del nacer, pero mídese bien con el nacer. Consiste en desigualarse por valor, del igual por naturaleza. En esto está revuelta la emulacion humana. No es blanco de la envidia quien no fué primero recobro de la gloria.

Prevenida la ocasion de la necesidad, cuenta á Rómulo el caso.

El conocerse descendientes de abuelos silvestres sirve de estímulo á aquellos magnánimos corazones que se atribuyen por nota de infamia el ser famosos por las acciones de otros. Sirve de cadena á los ánimos viles, que se hacen lícito sacar reposo de las fatigas ajenas y se glorian de una larga órden de estatuas y mármoles entallados, resplandecientes memorias de las acciones de los muertos, abominables sepulcros de los renombres de los vivos.

Rómulo, sabiendo su origen, mayormente contra el tirano se enciende, en cuya muerte podia apagar dos poderosos afectos de gloria y de venganza. Conoce sus fuerzas inferiores para una descubierta violencia; vuélvese al engaño encaminándose hácia palacio á la deshollada con muchos disfrazados con hábito vil. En llegando, con el calor del hermano cuya amada vecindad le animaba, embistiendo con el rey en aquel asiento donde tantas maldades habia cometido, le hizo espirar la cruel y nefanda alma.

Es el tirano á todos los hombres aborrecible. El levanta sobre las columnas del miedo la máquina del Estado. Nacen los precipicios del no temer y del no ser temido; le desmorona y deshace la confianza, no le asegura el espanto. Muchas veces donde entiende ame-

drentar los corazones, los anima; porque el mayor de los atrevimientos es hijo del mayor de los temores. Los discursos contra él son peligrosos, los homicidios seguros. Es fácil de conseguirse aquella accion que no tiene otra cosa terrible que el hecho. Seria mas fácil matar al príncipe bueno, si no fuese mas peligroso el haberle muerto. Seria mayor peligro matar al tirano, si no tuviera menor peligro quien le dió la muerte. Quien no se acerca al hecho por venganza, se llega por gloria. Ninguno se declara enemigo de quien le mató, porque ninguno quiere ser tenido por amigo del que fué muerto.

Numitor, que no ignoraba la descendencia de Remo, y que debajo de justos ó por lo ménos justificados pretextos habia descubierto lo sucedido, favorecido de la autoridad que él tenia sobre la persona de este, confiada á su cuidado, fingiendo de ignorar que ellos hubiesen acometido al rey, no al palacio, con pensamiento de limpiar, no de tomar la ciudad, llamó la juventud albana á defender la roca; mas cuando vió venir derechos á él los mozos, convocando el consejo les refirió la educacion suya, el origen, cómo fuéron depositados en la agua, cómo socorridos.

Aclamaron los mancebos al abuelo por rey. Fué concordemente aquella voz seguida, así porque suelen en los razonamientos seguir todos lo que empiezan pocos, y tambien por la misericordia, que jamas se aparta de la infelicidad.

Es mérito para obtener el amor del pueblo padecer el aborrecimiento del tirano. Aquel le es agradable, que está en peligro; de aquel tiene compasion, que está violentado; allá llueven los favores populares, donde arden las llamas del furor tiránico. Es propio á los hombres el desear restituir en el Estado al que está despojado de él; que favorecer al que se le quitó se tiene por impiedad, porque son pocos los que pueden hacer violencia, y todos aquellos que la temen la aborrecen. Se ayudan, porque se espera premio mayor del sacar de la miseria, que del aplaudir á la fortuna que da por castigo y por daño á los dichosos la envidia, á los miserables por utilidad, y por socorro la compasion. El restituir en su Estado los príncipes tiene semblante de caridad; mas si no concurre el interes, se compadecen, mas no se aunan; y entónces es castigo mas vano á los hombres bien afortunados la envidia que no daña, y es alivio infructuoso á los hombres desdichados aquella compasion que no aprovecha.

Hecho el abuelo de los albanos rey, volvieron á otra parte el ánimo Rómulo y Remo.

Saben muchos dar á otros los reinos, y no saben sufrir el rey. Muy trabajosa cosa es obedecer á aquel que por ocasion de él mismo manda.

El recibir de otro valor el principado, es una especie de servidumbre, que necesita mostrarse sujeto ó ser ingrato. El satisfacer el intolerable deseo de estos, es un rendir voluntariamente el dominio á los propios que le dieron. El no acariarlos pone en peligro de rendirle con violencia, siendo fácil cosa que, no olvidando ellos aquellas artes con que adquirieron el reino para otro, le busquen para sí. Quien una vez ha puesto las manos dichosamente en la sangre real, no teme la segunda prueba; y aquel que fué privado del reino, celoso, siempre duda de él aquello que por experiencia

ha conocido posible. ¿Cómo se puede pagar la obligacion al que le ha adquirido el dominio, si no se puede satisfacer sin perder el dominio? Es gran juicio apartarse de aquel señor que no puede pagar la obligacion que tiene. Los beneficios se reciben de buena gana, mas no siempre se ve de buena gana el bienhechor; ántes cuando no se puede galardonar, como cosa que acuerda la flaqueza, se vuelve la gracia en aborrecimiento; y ya que no es posible quitar la obligacion, procuran por lo ménos quitar al que obligó. El servicio que se recibe del inferior argumenta debilidad, y solicita gran recompensa; el igualarla al beneficio es un igualarse al bienhechor. Se pierde el nombre de magnánimo, y apenas se cancela el de ingrato. Los que se reciben de los mayores, se cuentan con gusto; porque el agradecimiento que ellos esperan es que sean contados; y siendo señal de estima el haberlos recibido, en referir los beneficios pasados se recibe (por decirlo así) un mucho beneficio.

Estas consideraciones, los motivos de la ambicion, y principalmente los estímulos de la gloria, alejaron estos generosos mancebos de la sujecion del abuelo.

El esperar el reino, de la muerte de otro, ó impide las glorias ó las retarda; se enfrian los espíritus con la edad, y en la vida de los padres muchas veces por vivir seguros conviene vivir quejosos. Los príncipes envidian tal vez los hechos loables de sus hijos, porque los temen; y se alegran tambien los particulares, porque los gozan. Entre las fortunas de los valerosos se debe escribir la muerte temprana de sus progenitores, que desde haberlos criado no pueden ayudarlos mejor que muriendo. El reino no se debe desear, si junto consigo no trae la gloria. La gloria es de aquellos que la adquieren con trabajo, no de aquellos que de la mano ajena la reciben. Son desdichados los hombres de valor que nacen dichosos, porque el heredar monarquías impide la gloria de conquistarlas. Procuran fabricar una nueva ciudad, ántes de edificar los muros á aquella que sus generosas acciones conducia.

Eligieron para este fin el lugar donde fuéron expuestos en el agua. Creeria que por memoria del caso ó por agradecimiento, si estas niñerías vulgares tuviesen proporcion con una prudencia endiosada de aquel siglo. Muestran los edificadores de una ciudad el juicio en la eleccion del sitio. La primer piedra que ponen es piedra de toque: en ella se conoce la liga de su metal. No es digno de alabanza quien por quitarse de lo amortecido del ocio, se acoge á la aspereza de la esterilidad. Conviene buscar socorro de la educacion, no del sitio, porque sea virtud y no necesidad el encaminar los hombres á la mercancia. Los hace industriosos, mas tímidos, y está en mal término una ciudad cuando las riquezas se hallan entre los particulares, no en el público; y cuando están en las casas y no en el Estado, piensan en los peligros los hombres: en dejarla, no en defenderla; y aquellas facultades que se pueden llevar no sujetan, ántes dejan libres á sus dueños, porque los hacen habitadores, no súbditos. Ni se debe afirmar que la esterilidad del pais disminuya en los vecinos el afecto de dominar, que es parto no de la avaricia sino de la gloria.

Quien edifica en lugar fuerte, fabrica roca para el tirano, ó al ménos nidos para los vicios; y aquellos que tienen la seguridad, carecen de aquel miedo de perder

lo propio, que sirve muchas veces por justa razon de usurpar lo ajeno. Y por el contrario, el fabricar ciudades abiertas fué humor negro de algun filósofo antiguo, que no merece ni discurso ni imitacion.

El sitio de Roma era lleno de saludables collados: no muy léjos del mar, para recibir las comodidades; no muy vecino, para poder evitar las inundaciones de bárbaros; bañado de un siempre corriente rio, puesto en el medio de la Italia, proporcionado para la conservacion, único para el aumento.

Trataban ya de levantar los muros de la ciudad; mas ninguno concertaba con el compañero en ponerla el nombre, ni darla leyes. La igualdad, productora de la envidia, tanto mayor fuerza tenia en estos, cuanto que, fuera de la comun igualdad de la hermandad, se particularizaban tambien en ser igualmente concebidos, venidos en un propio tiempo á la luz.

Quando hay donde recurrir por alguna excusa, se tolera la mayoría. Muchos cederian el lugar, si hallasen pretexto para cederlo; y muchas veces se contrasta más por venganza que por soberbia.

Es buena la mezcla del mayor y del menor; mas es bien mala la del igual: ó en la variedad de la naturaleza él no se halla exquisito, ó no dura en un mundo que reconoce su firmeza de la perpetuidad del movimiento; y la desigualdad tanto mas se aparta de lo sufrible, cuanto mas se llega á la igualdad. Por eso desagrada en la música el unison; y cuando fuese exquisito é infructuoso, no hace accion, no produce armonía. El mayor y el menor corresponden al agudo y al grave; de aquellos recibe su forma el mundo, destos recibe la suavidad su melodía; y entrambos sienten daño del contrario si es disonante, útil si es armónico.

Después que en la tierra no tuvieron con que decidir la precedencia, se volvieron al cielo buscando el agüero: Remo sobre el monte Aventino, Rómulo sobre el Palatino. Y mientras alegan que á aquel se le habian aparecido seis buitres, estoto á los circunstantes afirmó doblado el número; pensando algunos que naciendo discordia por esto entre ellos, Remo por mano de su hermano sería muerto.

Ver uno que los hombres le anteponen á él su igual, es gran tormento, mas en eso puede haber engaño; mas el cielo es mayor, porque siempre es verdad. Este accidente fué el primer gusano que introdujo el homicidio; y el primer homicidio fué entre los primeros hermanos.

Y nada ménos publicó que perdiese la vida, pasando con desprecio los muros fabricados por el hermano.

Remo con aquella accion se declaró ser príncipe, si pretendió no estar sujeto á la ley; ó de querer quitar al otro el principado, si se burló de la ley. La inobediencia es diferente del desprecio: la una mira á la institucion, la otra al instituidor. Quien la quebranta en secreto, deja salva la reputacion del que la hizo. Quien la quebranta en público, tiene mas intento de ofender al príncipe que á la ley. Los errores, motivados de otro cualquier afecto, pueden ser grandes y pequeños.

Aquellos que tienen por mejor el desprecio, siempre son gigantes: los unos miran al útil de los súbditos, y es bien castigarlos; los otros la majestad del señor, y es necesario corregirlos. Es el respeto la alma de la señoría: es un cadáver, no príncipe, el que cae en el desprecio.

Dado á la empezada ciudad con su nombre el principio, la llamó Roma, y ordenó juegos en honor de Hércules.

Faltaban leyes á una ciudad que, llena de naciones diversas y de diferentes costumbres, sin ellas no podía recibir la unidad. Son de diferentes maneras las leyes: miran algunas á la conservacion de los hombres, otras al sustentamiento del Estado. Aquellas tocan á los legisladores, como judiciales; estas al príncipe, como políticas. Las primeras quieren estabilidad, porque se juzgan mientras se hacen; mas despues que se han hecho, no se deben aquellas juzgar con las cuales se debe juzgar.

Las otras no quieren ser eternas para ser buenas, pues que duran ellas, y arruinan el Estado, y se quebrantan, queriéndolo así el tiempo; y se introduce un mal ejemplo, sin algun fruto. No basta no observar las antiguas, cuando hay lugar de establecer las nuevas: la transgresion en todas es mala; la mudanza en estas es necesaria. No convienen los mismos manjares á los mismos hombres en toda la edad, ni se verán las dolencias de la misma suerte en el principio, que en el estado y en el aumento. Tienen todas las cosas del mundo muchos períodos: conviene acomodarse al tiempo, á la ocasion. Los mas de los Estados han peligrado por no haber sufrido los antiguos ordenamientos, y por no los saber mudar.

Da Rómulo las leyes, autorízalas con la fuerza amenazada de doce litores que llevaba consigo. Es inútil la ley para persuadir, si no tiene fuerza para castigar: de otra manera no basta para los naturalmente inclinados al mal, y es superflua á aquellos que voluntariamente obran bien.

Junta á la fuerza la majestad, representada en el grave y diverso hábito que de los otros traía.

Todas las cosas (quise decir), aun aquellas que no son cosas, sino nada, ayudan á aquellas que son en demasía. Los ceros no valen si se juntan á otros ceros; mas si á los números, los multiplican.

El hábito no hace venerable al que sus acciones no lo hicieron primero venerable. El no tiene majestad, si no se le concede el ojo con la costumbre de verle que le visiten los hombres majestuosos; y si en virtud de la autoridad mueve á reverencia, por falta de ella mueve á burla.

El hábito se hizo para cubrir los defectos del cuerpo, y ahora descubre los afectos del ánimo: fué hecho para ocultar nuestra flaqueza, y ahora descubre nuestra ambicion. Vistió el Señor al hombre, cuando él se despojó de la justicia original, cuando se hizo esclavo del pecado; y él se gloria en la señal de su esclavitud (¡oh locura!), como si fueran trofeos de su victoria.

Crecia de muros la ciudad de Roma, y estaba deshabitada: por llenarla, abren franqueza donde pudiese cualquiera por cualquier delito asegurarse.

Es enemiga de la ciudad nueva la quietud: toda esperanza está en el movimiento. Las gentes que no son á propósito para vivir en la ciudad, lo son para combatir en la campaña; y quien no sabe ser buen ciudadano, suele ser buen soldado. Roma se podía llamar antes alojamiento de ejército, que junta de ciudadanos; porque no era fabricada para vivir bien, mas para engrandecerse de quien buscaba, no seguridad, sino gloria.

El ejército es una escuela de caballos, donde se disciplinan los indómitos en campaña, para despues sujetarlos entre los muros

Es trabajosa la ciudad á aquellos que mandan en los ejércitos, no á aquellos que sirven en ellos; antes el rigor de la obediencia militar vuelve suave el yugo de la vida civil.

No pasó mucho tiempo que se llenó de habitantes. La novedad es una luz que tiene virtud de atraer á sí los ojos y deslumbrarlos. Los hombres, porque necesariamente mueren, no miran voluntariamente las cosas que, encaminándose al ocaso, reducen á la memoria esta necesidad de morir; mas sí por el contrario aquellas que, amaneciendo en el oriente, los dan confianza de aumentarse con ellas. Los nombres se escriben en las plantas recién nacidas, porque crezcan; no en las encinas viejas, que se talan. Si la novedad no trajese consigo tantas prerrogativas, envejecería el mundo con las mismas cosas con que empezó. Sería estéril nuestro ingenio, cuando fuese privado de aquellas invenciones que le fecundan. Se envilece el entendimiento en las cosas conocidas, y por mayores de la verdad concibe las no conocidas.

Todos aquellos que, ó no la envidiaban ó no la temían, concurrieron, parte estimulados de la seguridad, algunos persuadidos de la novedad, quién persuadido del deseo de mudanza, quién de la gloria.

Los ingenios gallardos se quietan pocas veces en el estado presente. La felicidad se busca siempre en las cosas de que se carece, y en ellas descansa quien las consigne. No pueden los hombres apagar su deseo, y ménos con la posesion de lo que desean. Creen que alguna vez pueden ser dichosos, mas nunca pueden llegar á serlo. De aquí se origina el aborrecer la quietud, desear el movimiento, cansarse de lo presente y anhelar lo futuro.

Habia venido de esta gente la mayor parte debajo de los auspicios de Rómulo, por aventajar su nativa condicion. La novedad bien tiene poder para atraer á sí los hombres, mas no para entretenerlos. Ella, que desaparece luego, no puede mucho tiempo entretener á los otros, si no los aprisiona con la ligadura del provecho, ó no los atolla en el lodo de la ambicion.

A este fin eligió Rómulo cien senadores por compañeros, cantidad bastante á gobernar cualquier dominio, y igual al número de aquellos á los cuales fuera intolerable toda otra forma de otro gobierno. En el principio del mandar, toda poca autoridad parece mucha; en el discurso del dominio la mucha parece poca: de donde procede que con el tiempo no se pueden sufrir aquellos magistrados que, hablando vulgarmente, se pudieron bien elegir en otro tiempo.

Son incompatibles la libertad y el principado: ó no se hallan jamas juntas, ó no duran. Cada uno querría su perfeccion; y dependiendo de la ruina del otro, en ella la busca. Parece extraño al Senado ser libre y querer servir; al príncipe, ser señor y no poder mandar. La libertad media es madre del tirano, que no pudiéndose tolerar mientras le es quitada violentamente, le fuerza violentamente á reinar. Por vivir quieto, conviene totalmente ser libre, ó totalmente servir.

A la entera perfeccion de Roma faltaban las mujeres. Concurrían ellas á constituir la esencia de las familias y la de la ciudad. Tenia Roma mas forma que materia. Vivían, no nacían los romanos. Donde se vive y no se nace, se muere y no se renace. Renacen los padres en los

hijos que producen. No hay mayor deseo que este en el hombre, ni mayor necesidad que esta en la naturaleza. Queda la especie, si no queda el individuo; queda la materia, si no queda la forma. Ello es error del entendimiento creer que la mujer es error de la naturaleza. Ella es perfecta, pues se hizo por la obra mas perfecta; ella es de forma igual á nosotros, originada de materia (por decirlo así) mas noble que nosotros. Roma se podía llamar un circuito de muros, empero no una ciudad. Antes era como un sepulcro, pues que los hombres, sin poder nacer, debían solo morir.

¿Y quién querría concediéndole sus mujeres cooperar á la grandeza de aquel pueblo, y probarse, para acabarle, de las armas que les daba su celibato y viudez?

Conoce Rómulo esta dificultad: envia con todo embajadores á los vecinos, ó por tener mujeres justamente, ó por justamente robarlas.

Aquel que hace violencia por necesidad, ha padecido él primero de la necesidad violencia. Ella es una ley la mas aborrecible de las leyes. Ella es una justicia la mas rigurosa de las justicias.

Los pueblos circunvecinos, ofendidos de que los romanos hubiesen recibido los que ellos habían desterrado, negaron el darles mujeres. Algunos, dando lugar á la cólera, los despreciaron con palabras, no sé si con menor prudencia ó con mayor liviandad.

Poco se deben temer los que tienen la lengua por espada. Es mayor el peligro que amenaza con el silencio de la ofensa, que el que se recibe con la parlería.

Aquel enojo que se deja ver, está encendido en los espíritus, no en los humores; y á manera de pólvora alza el fuego, mas no lo detiene; le saca fuera, no le guarda dentro. La cólera que se desfoga por la boca, no desfoga por las manos. Ruina que halla salida, se evapora, pero no bate. Ofender con las obras es hostilidad, con las palabras es malignidad. La una es útil al que es enemigo, la otra es infructuosa; y es mas soportable el daño de la maledicencia, porque es mas razonable. Movié no poca indignacion en la juventud romana aquella respuesta que había juntado al daño el desprecio: piensan recurrir á la disimulacion, por aprovecharse de la venganza.

Fingese enfermo Rómulo, votan fiestas á su salud, y las previenen con magnificencia.

Concurrieron al espectáculo los pueblos vecinos con sus mujeres, puede ser pensando poner la comida con seguridad delante del hambriento.

De verdad grande error fué la ocasion, pues que ó nació de mucha confianza, demasiada liviandad, ó de poca estima. ¡Temeridad grande negar las mujeres á los romanos, y traerlas á Roma! Fiarse de los que habían despreciado, no temer violencia de la necesidad, fué por ventura una de las locuras que produce el humor curioso.

No es digna de alabanza la curiosidad, si es dedicada al deleite de los sentidos; si al del entendimiento, merece disculpa. No se aparta jamas del vituperio, si se acompaña del peligro; y es igual señal de flaqueza, donde no hay nada y donde hay demasiada.

Las mujeres son hechas para estar en casa, no para andar vagando. Sus gustos han de ser los de sus maridos, participados, no propios. El llevarlas á las fiestas mueve tal vez al que las ve, si son feas, á desprecio; si hermosas, á concupiscentia. Cuantos amigos adquieren

ellas, tantos enemigos los acrecientan á ellos. En casa pueden ayudar; fuera, no pueden sino impedir. No da su conversacion gusto á los que con ellas se hallan, que las mas veces no sea en disgusto de quien las lleva. Cuando no pierden ellas por el desear, pierden por el ser deseadas. Si se huye la conversacion de quien os desea desdichadas, ¿por qué se busca la del que os desea deshonestas? Ella es una vanidad, más de los hombres que de las mujeres. Piensan hacer que los envidien, y hacen que los persigan; y al fin, en lugar de la envidia queda la compasion. Es la verdad, que el bien á muchos parece poco si otros no saben que se posee; mas es ménos, si por saberlo se pierde. La honestidad es un color delicado que teme el aire, y es un cristal lucidísimo que se empaña con la vista deshonestas de aquellos que tienen inficionada la mente con la lascivia.

Débense huir siempre las ocasiones de peligro, donde el peligro es siempre de la honra.

Estaban en el fervor de las fiestas los ánimos de los que asistian divertidos en los juegos, cuando, dada la señal, la mocedad romana empezó á arrebatar las mujeres. Huyen los padres, se lamentan de la fe violada y llaman á la venganza aquellos dioses, á cuyos juegos viniendo fuéron engañados.

Podían dolerse mas de sí propios que de otros, más de haber hecho que las arrebatasen, que de que fuesen arrebatadas.

Es mas duro perder por engaño que por violencia, cuanto es mejor que el vencer con el cuerpo el vencer con el entendimiento. En la violencia no tenemos parte nosotros, porque es toda fuera de nosotros; mas el engaño es fabricado de la sagacidad ajena sobre los fundamentos de nuestra inconsideracion. Las llagas de la violencia se regalan con el dulce de la ocasion, que es la fortuna; aquellas del ingenio se agravan con el quejarse de la ocasion, que fué la imprudencia.

No tenían menor disgusto de los padres las doncellas. Rómulo las persuade con argumentos sacados de la eficacia de la necesidad. Los maridos las acarician con requiebros estudiados en el poderío del amor, y siendo esto junto con la admiracion, quedaba la violencia sin desprecio, acompañada de alabanzas de hermosura, las cuales, contándose entre las felicidades de las mujeres, no las dejan lugar de llamarse desdichadas, en tanto que las juzgan dichosas.

Habia ya el matrimonio mitigado el raptó, y el lecho el ánimo de las sabinas, cuando los padres, vestidos de luto, juntando envidia á la calamidad, irritaban los ánimos de los vecinos, y solicitando los pueblos enteros por Tito Tacio, rey de los sabinos, se congregaron; donde, junto el consejo, podemos creer que uno de los que en el juego fuéron burlados, habló de aquesta manera:

«Pidieron los romanos mujeres, y vosotros se las negasteis. No fué ya efecto del caso, si á negárselas concurrísteis todos. Han ahora cesado las razones de negarlas, pues están arrebatadas. ¿Se debe ahora conceder á la fuerza lo que se negó al amor? Nosotros, que fuimos sordos á los ruegos, ¿seremos ciegos á la violencia? No quisimos admitir con paciencia las súplicas, ¿y sufríremos con bestialidad las injurias, enseñando que para con nosotros, mientras es seguro el robar, no hay otra cosa peligrosa sino el pedir?»

Excusaron ellos la violencia con la necesidad. Aque-